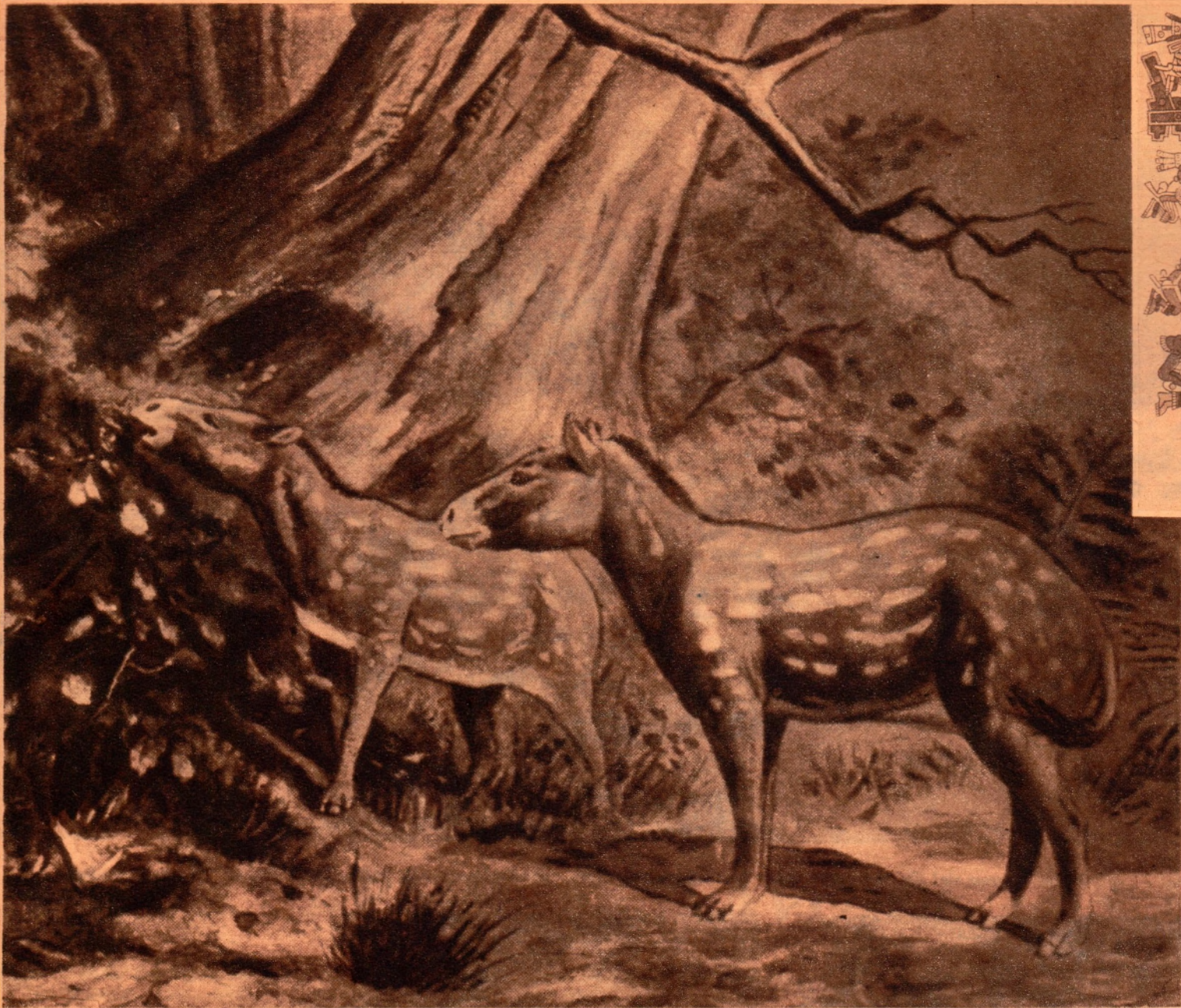


**POCITOS NUEVO***Fotografía JUAN CARUSO*

Vista de la prolongación de la Rambla de Pocitos, tomada desde la plazuela Ruben Darío, obra de ensanche y urbanización realizada durante la administración del Intendente don Juan P. Fabini, que dio al céntrico balneario la amplitud y belleza actual.



El EOHIPPUS americano (según la reconstrucción existente en el Museo de Zootécnica de Buenos Aires).



La siempre sedienta — de agua y de sangre — diosa de la Tierra (Codice Borgia).

sus patas van desapareciendo los dedos laterales. En el cuarto y último período de la era terciaria, el plioceno, surge el *Pliohippus*, inmediato antecesor del género *Equus*. Este antepasado del caballo atraviesa el recién emergido istmo de Panamá y desparra su sumilla trotadora en las vastas comarcas sudamericanas, ayunas hasta entonces de perisodáctilos de tal tipo.

Nos acercamos al final de la aventura. Del *Pliohippus* se originó el caballo propiamente dicho, en el pleistoceno, el primer período del cuaternario. Pero los caballos americanos emigran hacia el Asia a través del puente terrestre del entonces existente istmo de Bering, inaugurando así el camino que seguirían en sentido inverso, y bastante tiempo después, los grupos premongoloides que poblarían importantes sectores de América.

La primera etapa se cierra. El caballo, por causas desconocidas aún, se extingue en nuestro continente durante el propio período pleistoceno, sin ser en ningún instante

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL CABALLO

DIALECTICA HIPICA DEL NUEVO MUNDO

Lo que se va a leer a continuación es fruto de un atrevimiento mental. Se trata de una interpretación heterodoxa de la historia de América, o mejor, de la paleontología y de la protohistoria de América en su enfrentamiento con la historia que, como las carabelas, venía de Occidente. Es posible que en esta interpretación existan desajustes; es posible también que en más de un aspecto sea acertada. De cualquier modo es un intento deportivo, un esquema audaz, una alegoría llena de intuiciones que entrego a los entendidos que cargan con el fardo escéptico de su erudición y a los espíritus sencillos que se apasionan con las aventuras maravillosas. Porque la del caballo en América es una aventura maravillosa y, a la vez, toda una evolución dialéctica al modo hegeliano. Y para no quedar-

me en simples afirmaciones ordeno de inmediato, a lo largo de sus tres momentos, el silogismo hípico del Nuevo Mundo.

Tesis: América, patria del caballo.

El nuevo continente fue la cuna del caballo o, mejor dicho, de la cadena genética de sus antecesores.

Allá por el período eoceno, el primero de la era terciaria, iniciado hace unos cincuenta millones de años, un animalito del tamaño de un *fox-terrier* comía los retoños de los árboles que se levantaban en las exuberantes florestas de América del Norte. Los paleontólogos han denominado poéticamente a este bichejo, que participaba a un tiempo de los caracteres del tapir, del rinoceronte y del caballo, *Eohippus*, esto es, caballo de la aurora.

Las especies no son inmutables y el archivo de las rocas, como le llamara Wells, ha guardado las muestras sucesivas de la evolución del *Eohippus* americano. En el período oligoceno, el segundo del terciario, aparece un nieto de este enano herviboro, el *Mesohippus*, que tenía el tamaño de una oveja y correteaba por las llanuras, mitad boscosas, mitad empastadas, de aquellos remotos tiempos. El mioceno, el tercer período del terciario, nos ofrece otro descendiente, más fino y ágil aún, el *Merychippus*, que estaba conformado para galopar por las dilatadas planicies gramíneas que hoy ocupan los Estados de Oregón, Montana, California y Texas. Tiene el tataranieto del caballo de la aurora — la filogenia completa es *Eohippus*, *Orohippus*, *Mesohippus*, *Parahippus* y *Merychippus* — la alzada de un petiso y en

contemporáneo del indio, como algunos erróneamente afirman. Y, entretanto, prosigue en Eurasia su ciclo biológico hasta que el viejo hombre de las cavernas lo envilece con la caza y el nuevo hombre de las estepas lo redime con el Gran Pacto de la equitación.

Antítesis: las civilizaciones del maíz.

La América indígena se ensimisma en la contemplación de su ombligo terráqueo. Y cuando llega al diálogo, no va más allá del coloquio con la agricultura. Los animales domésticos apenas cuentan. Todo es vegetal; en todos los mitos y ritos la Madre Tierra, sedienta, vengativa, misteriosa, dominadora, impone su fatalidad telúrica.

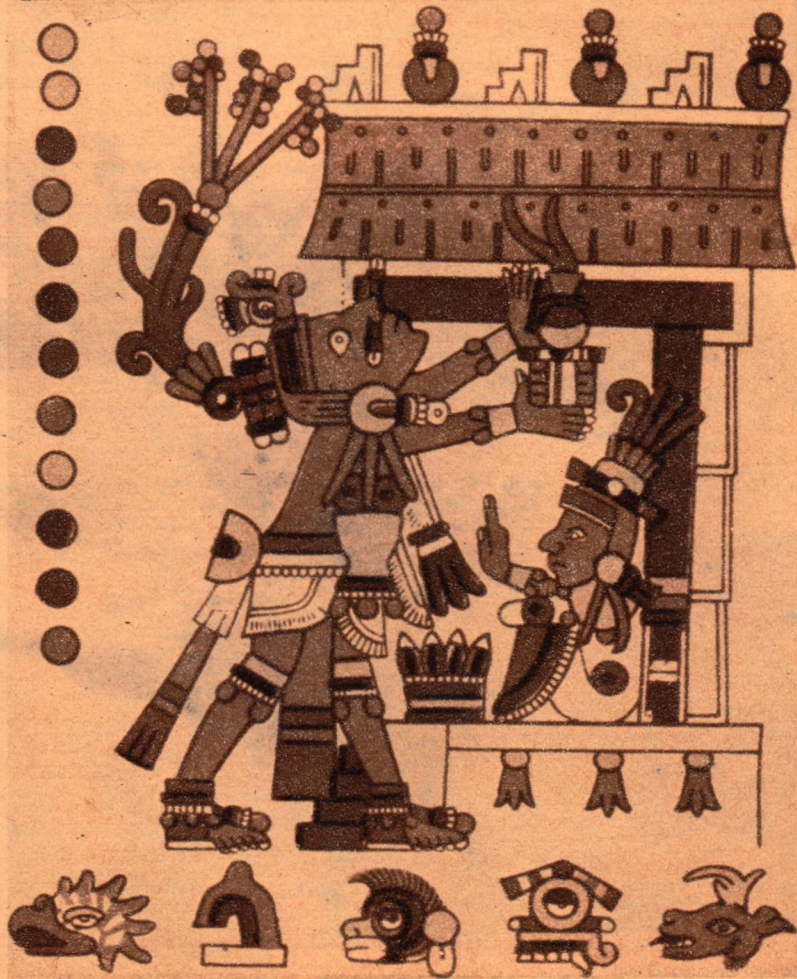
Hay, al margen de la América labradora y montañesa, una América de las selvas y una América de las llanuras. Coexisten así una América cereal, otra silval y otra pratenase. Y las culturas indígenas confirman estos tres sectores con distintas entonaciones en el pensamiento y en el arte. Pero los grandes imperios agrarios, las barbaries doradas, florecen en la zona del maíz, en el corn belt de la prehistoria. Las civilizaciones del maíz son en su mayoría serranas y ven crecer los estados más poderosos en la zona occidental del continente. Y todas estas civilizaciones se caracterizan por su crueldad, por su locura sangrienta, por sus sacrificios humanos reiterados y perversos. Los pueblos sin caballo hallaron en el derramamiento de sangre una contestación angustiada a las exigencias de la tierra ávida de presentes y descargaron en un arte extraño y retorcido la vesanía de su espíritu. Un veloz viaje etnográfico por la magia del maíz y por la estética prehispánica confirmarán esta doble y al parecer irrefragable afirmación.

Comencemos por los asesinatos propiciatorios.

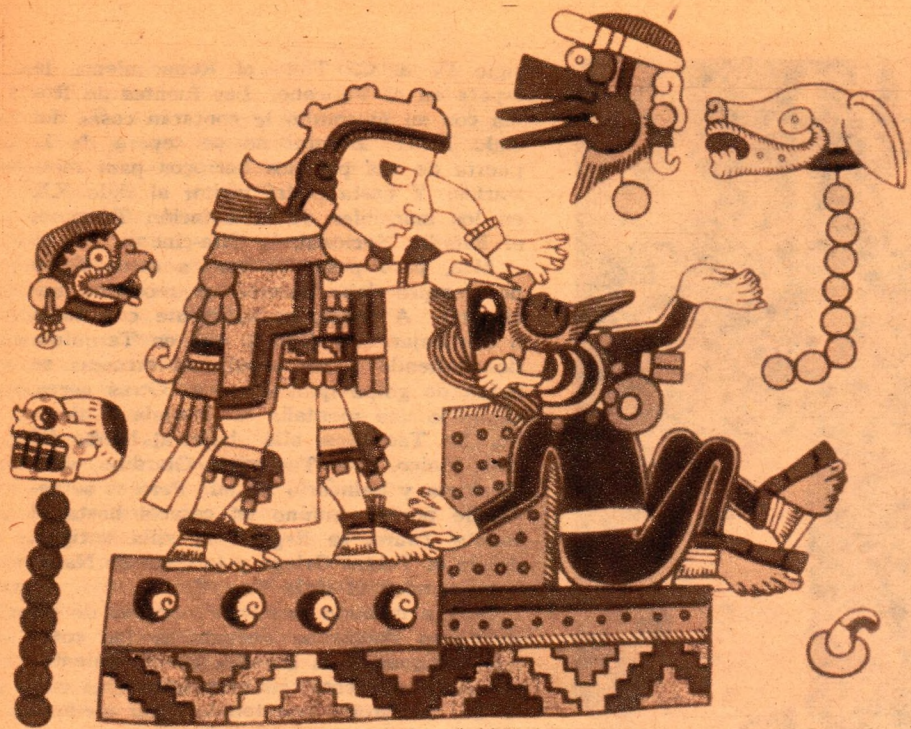
Las tribus de Sonora cultivaban el maíz como principal alimento y en sus ritos chthonicos sacrificaban ingentes masas de seres humanos. Los iroqueses, que conocieron hasta dieciocho variedades de maíz, al igual que los algonquinos y natchez, torturaban bárbaramente a sus prisioneros con miras de obtener cosechas benévolas. Los cultivadores de las praderas norteamericanas celebraban sus fiestas anuales del maíz tierno matando a flechazos inocentes doncellas, para que así la tierra les fuera dadivosa. Los humauacas del nordeste argentino, también grandes cultivadores de maíz, degollaban a sus prisioneros con el propósito de



Núniz de Guzmán marcha sobre Jalisco (Codice Telleriano Ramensis).



Oírendas rituales de Cinteotl, el espíritu del maíz (Codice Fejervary Mayer).



Las cuatro vicisitudes del maíz (Codice Fejervary Mayer).



Pintura rupestre del Cerro Colorado, Córdoba, Argentina, figurando el choque entre un caballero español y un indio apestado.



Xipe Totec, con el nuevo traje de la tierra primaveral. (Cerámica de Texcoco).

bienquistarse con las deidades solares que hacían granar las mazorcas. Los incas realizaban tremendas hecatombes de niños y vírgenes cada vez que se consagraba un nuevo amo del gran imperio agrario. Los chimús pasaban por las armas a los lactantes para ganar la buena voluntad de la luna, nocturna maduradora de las amarillas sonrisas del maíz. Los cañari de Ecuador, antes de la cosecha del maíz, derramaban frente a la cueva del cerro de Curitague, donde residía el dios de este cereal, la sangre de cien niños. Los mayas milperos, con el fin de congraciarse con las potestades celestes de la lluvia, ahogaban en los canales a enormes cantidades de doncellitas propiciatorias. Los aztecas, finalmente, para no citar más cultivadores de maíz ni asesinatos rituales, cierran las tablas de la crueldad americana con matanzas pavorosas que llegaron hasta la cantidad de ochenta mil víctimas, como sucediera al consagrarse la pirámide de Tenochtitlán.

Es cierto que todos los pueblos agrarios tienen la obsesión de la sangre, pero la insania de los homicidas sagrados de América supera todas las imaginaciones.

Y en cuanto al arte, tanto hay que decir, que se justificaría un vasto ensayo.

Pero recordemos, sólo de paso, el retorcimiento grotesco de la decoración americana, las gorgónicas esculturas de piedra, los motivos ornamentales de fealdad deliberada y latente terror cósmico.

El trasunto de esta zurdera espiritual se halla en el arte monstruoso de México, por más que quiera salvarlo en sus esencias la fina sensibilidad de Paul Westheim a través de sus dos libros *Arte antiguo de México* y *Los fundamentos del arte prehispánico en México*. De igual modo el churriguerismo tropical de los mayas y las figurillas extravagantes de la pintura peruana nos ofrecen testimonios, ya captados por Elie Faure, de ese espíritu emponzoñado por los dioses de la muerte violenta que supo, empero, elevar el horror a categoría estética.

¿Qué podemos coleccionar de todo esto? La respuesta etnológica es simple y audaz: la madurez de los pueblos sin la presencia liberadora del caballo los condena a la introversión lunática y al emponzoñamiento cultural. Y así siguieron las cosas en la América prehispánica hasta que el reloj de los siglos dio la histórica campanada del 12 de octubre de 1492.

Síntesis: el retorno del hijo pródigo

El caballo, que por esos arcanos de la vida de las especies se había extinguido por completo en América, regresaba con los españoles a su solar materno. Pero ¿de qué modo! No era ya la bestia friolenta que trotara sobre el istmo de Bering en su exodo a las estepas de Siberia sino una fiera transatlántica formando una unidad centáurica con el conquistador blanco y barbado descendido de las carabelas.

La historia súbita de la conquista se resume cifradamente en dos expresiones. Una es la de Cortés: "no teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos...". Otra es la de un mestizo, el Inca Garcilaso de la Vega: "mi tierra se ganó a la jineta". Entre ambas cabe la innumerable desventura del indio batido por una nueva especie de animal mitológico que recuperaba a sangre y fuego su patria primigenia.

Los grandes imperios agrarios se doblegaron ante la furia española y la furia equina, combinadas en una fórmula de combatividad implacable. Pocos jinetes ponían en fuga, pese a lo anotado por la sagacidad de Laurette Séjuorné en su espléndido libro *Pensamiento y religión en el México antiguo*, a multitudes de guerreros indígenas que si bien sentían el rigor de los pueblos escl-

vizados que se volvían contra un totalitarismo odioso, también huían ante la presencia de una calamidad galopante.

De este modo las barbaries chapadas en oro sucumbieron al empuje del hierro que coronaba las lanzas y cimentaba las cabalgaduras. Sólo resistieron los indios de las pampas y llanos que, por una especie de mimetismo biológico y cultural, se hicieron pronto jinetes avezados y volvieron el caballo contra los sorprendidos españoles.

Bernardino de Sahagún, en su *Historia General de las cosas de la Nueva España*, recogió de boca de indios la descripción que los embajadores de Moctezuma hacen a este de los caballos que vieran en el pequeño ejército de Cortés. Dicha versión oral circulaba años después de la conquista muy fielmente recordada y el historiador la transcribe en idioma nahuatl, tal como se la relató su informante mexicano. Los caballos, denominados ciervos a falta de otro nombre, "llevan cascabeles, vienen con cascabeles, los cascabeles casi rechinan, los cascabeles rechinan; los ciervos relinchan, sudan mucho, el agua casi está corriendo abajo de ellos. Y la espuma de sus bocas gotea al suelo, como espuma de jabón gotea. Y al correr hacen un gran pataleo, hacen un ruido así como si alguien echa piedras. Al instante se revuelve la tierra, donde levantan su pie, hecha pedazos, donde levantan su pie, su pie delantero".

Esta patética descripción nos evoca la pintura del caballo realizada en el *Libro de Job*, una de las joyas de la Biblia, por el anónimo poeta semítico. En ambos textos se adivina el mismo escalofrío ante la presencia combatiente del *Equus caballus*, el verdadero Señor de los Ejércitos por muchos milenios, hasta su destronamiento por la mecanización de la caballería.

Otro paralelismo cultural asombroso, pero de mayores alcances aún, es el que configura el culto a Tziunchán, dios equino del trueno y del relámpago, que adoraban los naturales en la isla de Tayasal.

La historia es simple pero el desenlace es inquietante. Cuando Cortés salió de México esperando llegar a Honduras por tierra.

al llegar al lago de Petén-Itzá entregó su caballo, herido en una ranilla, al jefe indio lugareño para que cuidara del mismo. Esto sucedió en 1525. En 1697 dos franciscanos en misión evangélica, los padres Orbieta y Fuensalida, hallaron en la isla de Tayasal, en medio del lago de Petén-Itzá, una grosera escultura pétrea de un dios hipomorfo. Según Juan de Villagutierre (*Historia de la conquista de la provincia de El Itzá...*), relator de este suceso, el caballo estaba sentado en la posición de un perro, por ignorar los indios los aires del descanso equino. Los franciscanos se apresuraron a romper, con celo nada arqueológico por cierto, la deidad de "aquellos idólatras abominables". Pero de paso se enteraron que se trataba de una imagen del caballo morcillo de Cortés, muerto de hambre por habérselo ofrecido pollos asados en vez de pasto, y reverenciado desde entonces como dios del trueno y del relámpago.

Y aquí viene lo bueno. Atando cabos se llega, si no a conclusiones, a similitudes que causan vértigo.

¿Qué podían saber estos oscuros americanos comedores de maíz del mito de Pegaso, el caballo alado que personificaba al trueno dentro de la mitología griega? ¿Qué de los aplacadores de las tempestades, los gemelos Cástor y Pólux, hijos de Leda y de dos padres, el uno Zeus y el otro Tíndaro, antiquísima divinidad equina del trueno? ¿Qué de Santiago, el hijo del Trueno, el Boenerges judío que en España se hace caballero y entra en los combates sobre un corcel de resplandeciente blancura? ¿Qué de Hiisi, el dios finés del trueno, que monta un caballo diabólico cuyos relinchos producen relámpagos? Las interrogantes quedan abiertas para los partidarios del difusionismo cultural y para los defensores del paralelismo inventivo: ambas posiciones de la etnología pueden trabajar con provecho siguiendo las pistas sutiles que necesariamente enlazan este singular mito equino.

Cerrado el ciclo dialéctico con el retorno

del caballo a su querencia ancestral, reconstruyamos, a modo de recapitulación, las tres fases del proceso.

Tesis: América, cuna del caballo.

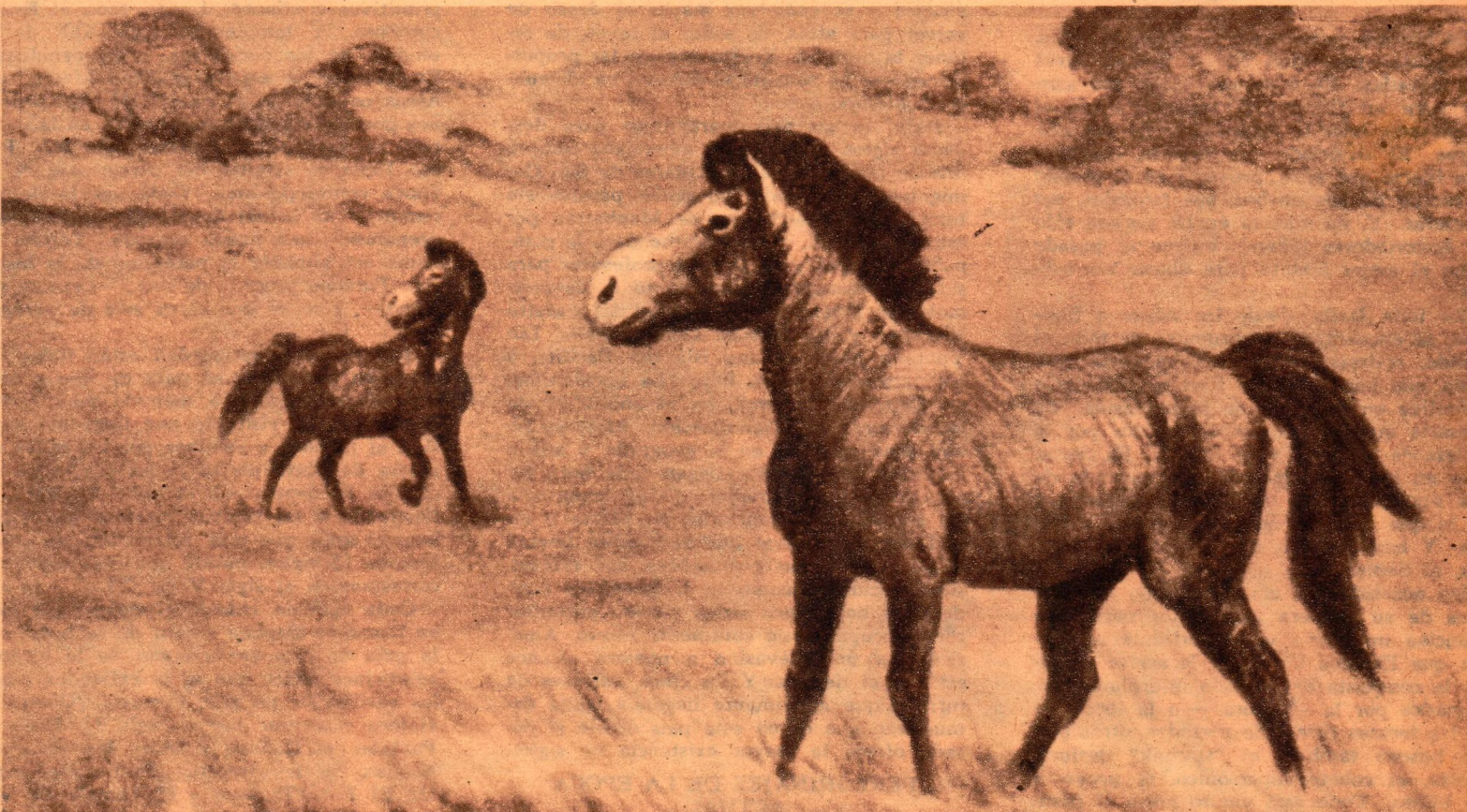
Antítesis: América se queda sin caballos y florecen las culturas más o menos brillantes de los plantadores de maíz, cereal desconocido en Europa.

Síntesis: regresa el caballo, sojuzga a los habitantes de su antiguo lar americano y halla en el maíz un alimento que desde entonces será la ración proverbial para sostener sus esfuerzos en la guerra y en la paz.

Quedan a cargo del lector las reflexiones que naturalmente brotan de esta dialéctica hípica del Nuevo Mundo.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



El EQUUS SCOTTI, retozaba en las llanuras tejanas antes de la gran emigración hacia Siberia (según la reconstrucción de C. R. Knigh).